

san Gerónimo, según los colores con que le pinta, era uno de aquellos hombres que emplean sus agudezas en lugar de la razón, creyendo derrocar las pruebas más fuertes con un dicho agudo; que llevados de la manía de escribir por llegar á poca costa á ser célebres, se inclinan á las materias que sirven para chistes y epigramas. Y así no vemos que sus errores, mientras vivió, hayan hecho muchos progresos, ni que sus seguidores, si los tuvo, hayan llegado á número suficiente para formar una secta; pero su doctrina renovada en estos últimos tiempos, halló la acogida que no pudo conseguir en el suyo. Pues los reformadores del siglo décimosexto, y los intrusos filósofos del día, para quien estaba reservado el renovar las necesidades de los antiguos enemigos de la Iglesia, se han apropiado los errores y malos argumentos del presbítero de Barcelona. A los cuales basta responder lo que respondió san Gerónimo á Vigilancio en el siglo quinto, abrumando á este innovador con el peso de la fe de los primeros tiempos, con la autoridad de los padres, el testimonio de los hombres más célebres, con la prueba auténtica y popular de los milagros obrados sobre los sepulcros de los santos, con los que acababan de suceder en Milan por las reliquias de los mártires san Gervasio y san Protasio, y en Africa por las del protomártir san Esteban, que eran milagros, cuyos testigos aun vivían; en fin con la práctica universal de la Iglesia y en enseñanza siempre permanente, trasladando su doctrina de una ó otra edad por la voz de sus pastores. No tenemos más que decir á los autores de la forma, ni á los filósofos incrédulos, que se adornan con sus despojos, y públicamente decimos que no queremos saber más en esto que los antiguos defensores de la fe.

## ARTICULO VI.

*Personajes ilustres en la Iglesia por su talento y santidad.*

San Juan Chrisóstomo, patriarca de Constantinopla, pertenece á este siglo, porque en él acabó su gloriosa carrera; pero los acontecimientos de su vida, cuyas acciones principales vamos á referir, corresponden al siglo anterior ilustrado con su talento, y edificado con sus virtudes. Na-

ció en Antioquía hácia el año 347, de una familia distinguida, y estaba todavía en la cuna, cuando se le murió su padre llamado Segundo. Su madre llamada Antusa, resuelta á pasar lo restante de su vida en la viudez, cuidó de la educación de su hijo, como que era su única esperanza, y el objeto de sus cariños y cuidados. Fueron sus maestros en las ciencias profanas los primeros hombres de su tiempo, Libanio en la retórica, y Adragacio en la filosofía. Con las buenas disposiciones que había recibido de la naturaleza, y el fervor por cultivarlas, hizo tan rápidos progresos, que con su talento é inclinación hubiera entrado en la carrera de los honores y la fortuna, si no hubiera renunciado á las ciencias humanas, por consagrarse enteramente al estudio de la santa Escritura y á la ciencia de la salvación. Tuvo como casi todos los hombres grandes de su tiempo una inclinación particular por la vida solitaria, y en ella gastó los años floridos de su juventud, ejercitándose en la oración, ayunos y vigias, alimentándose en la meditación con las verdades del Evangelio, que con tanto fruto había de predicar algún día, y apartándose del trato de los hombres, de miedo que á pesar suyo le elevasen á las dignidades de la Iglesia, cuyas obligaciones conocía, y cuyo peso temía.

No obstante su quebrantada salud con la vida muy austera para sus fuerzas, habiéndole obligado á volver á Antioquía san Melecio patriarca de esta Iglesia, le hizo entrar en el clero, y le ordenó de diácono después de haber pasado por los órdenes menores. San Flaviano, sucesor de Melecio, le elevó al sacerdocio, y le dió el cargo de instruir al pueblo, distinción singular en aquellos primeros tiempos, en que los obispos eran tan exactos en cumplir por sí mismos este importante ministerio, que ejerció san Juan doce años. En él descubrió las luces de su talento, y con su vigorosa eloquencia, su imaginación despejada, la limpieza de su decir, y la magestad de su presencia, sostenido todo con una grande modestia, y una vida exemplar, se adquirió la reputación del orador más perfecto que se ha visto hasta entonces en la Iglesia. Acudían á bandadas de todos los barrios de la ciudad y de la comarca á oír sus discursos, sin dar lugar á que se le entendiese, interrumpiéndole muchas veces con palmadas y otras señales de admiración, que en lugar de lisonjearle

mucho, como á otros, á él le affligian, porque lo que él queria era mover, convertir, no agradar.

Habiendo muerto Nectario patriarca de Constantino-  
pla, el eunuco Eutropio, primer ministro, hizo que el em-  
perador Arcadio propusiese á san Juan Chrisóstomo para  
ocupar la primera silla del Oriente. El clero, los grandes  
y el pueblo le aceptaron como un presente que el cielo  
enviaba á su Iglesia, y él se presentó en este nuevo puesto  
con toda la gloria que sus prendas y virtudes le habian ad-  
quirido en el inferior que dexaba contra su gusto. Pero el  
zelo que llevó á él contra el vicio y los abusos, el desprec-  
cio del fausto y las riquezas, el amor de las reglas evangé-  
licas, y su libertad verdaderamente sacerdotal, no conve-  
nian al pueblo corrompido en que iba á presidir. Lo prime-  
ro que se presentaba á su vista, al pasar á la ciudad impe-  
rial, era una corte afeminada, un clero sin disciplina, un  
pueblo licencioso. Y sin embargo del número y crédito de  
los que veia meritos en una conducta tan poco christiana;  
resolvió cumplir con su obligacion, y portarse como obis-  
po. Y así comenzó por su casa la reforma que pensaba ha-  
cer en todas las clases que tenian de ella igual necesidad;  
desterrando todo lo que es contrario á la modestia, que es  
la que debe ser el principal ornamento de los hombres con-  
sagrados á Dios. Andaba vestido simplemente, comia siem-  
pre solo, su vida era frugal, su retiro casi igual al de un  
solitario; y no se dexaba ver en público, no siendo para  
cumplir las diferentes funciones del obispado, á las quales  
se entregaba con un zelo infatigable: los objetos continuos  
de su solitud, despues de las necesidades espirituales de su  
pueblo, eran los desórdenes públicos de los grandes, y los  
abusos se habian ido introduciendo en el clero en tiempo  
de su predecesor, hombre sin luces y sin actividad. Pero  
no pudo á este fin cumplir con la obligacion de su ministe-  
rio, sin incurrir en el odio de los que queria atraer á las  
máximas del christianismo, y á las reglas canónicas. Se mur-  
muraba del santo obispo: se le imputaba un zelo indiscreto  
y excesivo: le acriminaban agravios para comprometerle  
con la corte, y en tanto que el pueblo se tenia por dichoso  
en poseerle, y se consolaba en oirle, los palaciegos y los del  
clero estaban de acuerdo en los medios de perderle. Así que  
estos enemigos poderosos atraxeron á sus intenciones á la  
emperatriz Eudoxia, prevenida ya contra el santo obispo,

porque no aprobaba siempre el uso que hacia de su poder  
sobre el débil Arcadio su marido.

Teófilo, patriarca de Alexandría, que tenia todos los  
vicios que causan el deshonor de su estado sin contrapeso  
de virtud alguna, pareció á los enemigos de Chrisóstomo  
que era el hombre mas propio de que podian servirse en su  
pasion. Habíase presentado al emperador un memorial con-  
tra Teófilo, hombre imperioso y vano, quejándose de los  
malos tratamientos que hacia á los solitarios de Egipto, que  
estaban debaxo de su jurisdiccion, y el príncipe le habia  
mandado pasar á Constantinopla para responder á los he-  
chos de que le acusaban, y habia cometido á san Chrisós-  
tomo para examinar este negocio. Los cortesanos que no  
ignoraban el carácter soberbio de Teófilo, ni la aversion que  
desde mucho ántes le tenia al santo patriarca, por el mérito  
y reputacion que le daban envidia, no tuvieron dificul-  
tad en hacerle adoptar el proyecto que habian formado de  
perderle. Con ellos se unieron los malcontentos del clero,  
y la emperatriz les sirvió de apoyo con su autoridad: y  
por uno de aquellos acaecimientos que en las cortes cor-  
rompidas no causan admiracion, Teófilo de acusado quedó  
hecho acusador y juez del que habia de juzgarle á él: y  
así se juntó en un barrio de la ciudad, llamado *la Encina*,  
un concilio de treinta y seis obispos que el patriarca de Ale-  
xandría habia llevado consigo, y en él tuvo la osadia de  
citar á san Chrisóstomo á que fuese á dar cuenta de su  
conducta; á lo qual respondió el santo patriarca que es-  
taba pronto á comparecer, como Teófilo y algunos otros  
que eran enemigos declarados de él no fuesen sus jueces.  
No por eso dexaron de proceder contra él: le depusieron,  
y de orden del emperador fué echado de su Iglesia, y con-  
ducido á un destierro: y estas órdenes capciosamente lo-  
gradas de la religion del príncipe se executaron sin dilacion  
contra la vigilancia del pueblo, que estaba haciendo la  
guardia de dia y de noche al rededor de la casa del obispo.  
Pero este destierro duró solo un dia, porque habiendo so-  
brevenido de repente un temblor de tierra, y desplomado  
los edificios principales de la ciudad y el palacio imperial,  
se miró como un efecto de la venganza divina, y el pue-  
blo junto pedia á gritos su obispo, y hasta la emperatriz  
apretaba al emperador para que le hiciese volver. Dióse al  
punto la orden, y desde que se supo, las lágrimas y el

murmullo se convirtieron en gozo. El día que volvió á entrar en la ciudad fué un día de fiesta para el pueblo, y de triunfo para él. Cada uno creía que volvía á ver á su padre y á su amigo. Los únicos que estaban abatidos eran sus enemigos, quien no tardaron en recuperar la ventaja que les parecia haber perdido; y para ello urdieron una nueva trama, con que irritaron mas que nunca á la emperatriz Eudoxia. Pues en segundo concilio compuesto como el del latrocinio *de la Encina*, y dirigido por las inteligencias de Teófilo, aunque ausente, condenaron de nuevo al santo obispo con pretextos inventados por la calumnia, y admitidos por la baxeza servil de algunos obispos. El buen Arcadio, que léjos de aborrecer á san Chrisóstomo, veía con sentimiento los excesos en que le habian metido, consintió, sin embargo, en todo, y por su orden fué desterrado á Cucusa, ciudad chica de Armenia, el hombre mas grande, y el mas virtuoso que hubo jamas en la Iglesia y en todo el imperio. Desde allí le trasladaron á Pitiunte, aldea desierta y abandonada sobre la ribera oriental del Ponto Euxino, y le entregaron á la barbarie de dos satélites, uno de los cuales, inaccesible absolutamente á la compasion, le hacla sufrir los tratamientos que hubiera perdonado la humanidad á un malvado convencido de los mayores delitos. Pero no llegó á este último destierro, porque habiéndole Dios inspirado su fin cercano, coronó con una santa muerte acaecida en 407, la vida que habia sacrificado á su gloria por el camino de la paciencia y persecuciones. Murió á dos leguas de Comana, hasta donde sus conductores tenian orden de llevarle, y se enterró su cuerpo en la iglesia de san Basilisco al lado del de este ilustre mártir, que lo habia sido de Jesu-christo año 312 baxo el imperio de Maxímimo. Treinta y un años despues de la muerte de san Chrisóstomo, el emperador Teodosio el jóven mandó trasladar su cuerpo á Constantinopla con una pompa tan solemne, que parecia que iba á remediar los ultrajes que habia recibido de Arcadio y Eudoxia. Animados los grandes y el pueblo de los mismos afectos, parecia que andaban á competencia entre sí, sobre quien habia de dar mayores muestras de veneracion á las cenizas de este grande hombre, y hasta el príncipe iba con la cabeza inclinada sobre el féretro, en que estaban metidas las reliquias del santo pastor, pidiendo perdon de las injusticias que su pa-

dre y su madre habian cometido contra él, sirviendo con su autoridad para satisfacer el odio de sus enemigos. Así hacia Dios honrar la memoria de su siervo, ultrajada por la envidia y malignidad durante su vida.

Los contemporáneos de san Juan Chrisóstomo, y los autores eclesiásticos que escribieron despues de él, nunca acaban de alabarle, llamándole unas veces columna de la verdad, otras antorcha de la Iglesia, intérprete de los secretos de Dios, y resplandor de todo el universo. San Agustin le considera como el entendimiento mas elevado, el alma mas firme, y el doctor mas profundo, que escribió sobre el dogma y la moral. Y el papa san Celestino añade, que aunque, mientras vivió, no pudo oírse su voz en todas las partes de la tierra; no hay al presente una en todo el mundo christiano á quien no instruya con las obras despues de su muerte: de suerte que bien se puede decir, que en todas partes predica, puesto que en todas aprovecha su lectura. La posteridad aprueba estos justos elogios, y en tanto que subsista en la Iglesia el gusto de la verdadera elegancia, de la saludable eloquencia, y una piedad sólida, se mirará á san Juan Chrisóstomo como el modelo de los oradores christianos, y á sus obras como una mina rica inagotable, en que siempre se debe estar cavando. Este es el juicio que han hecho hasta nuestros días todos los que saben apreciar los talentos. La coleccion de sus obras contiene homilias, ó discursos sobre los libros de Moyses y de los reyes, salmos, profetas, san Mateo, san Juan, los hechos de los apóstoles, y sobre las epístolas de san Pablo un gran número de sermones sobre diferentes pasages sacados del antiguo y nuevo testamento, sobre el nacimiento de Jesu-christo, su bautismo, su pasion, su resurreccion, su ascension, la venida del Espíritu Santo, y sobre otros muchos asuntos de moral: finalmente diversos tratados de controversia contra los gentiles, judíos, anomeanos ó puros arrianos. En todas estas obras es profundo, claro, grande, sublime, enemigo de vanos adornos, lleno de cosas, y aliamentado con el xugo mas puro de la santa escritura, y con el verdadero espíritu de la religion que habia estado meditando toda su vida.

El mas célebre de todos los padres de la Iglesia en la erudicion, conocimiento de lenguas y crítica sagrada, fué

san Gerónimo, que nació en Stridon, villa de Dalmacia, en el año 331, según algunos, y según otros en el de 340, de padres ricos y distinguidos por su estado. A la importante educación que le dieron así tocante á la piedad como á las letras, debió la felicidad de explayar desde luego el talento con que le había dispuesto su buen natural. No se vió en sus floridos años libre de las flaquezas, á que inclina la juventud, y los pasó en Roma en donde había mucha corrupción, como suele en todas las ciudades grandes. Mas no tardó en tomar otro modo de vivir más serio, convirtiéndose enteramente á la virtud, por medio de las reflexiones que hizo acerca de la vanidad del mundo y los riesgos de sus placeres. Aplicóse al principio á los estudios profanos, y leía con el mayor gusto los poetas y oradores paganos, particularmente á Plauto y á Cicerón, tanto que después de haberlos leído, no se podía acostumbrar á la sencillez de la sagrada escritura, hasta que después de haberse madurado y afirmado más el juicio, fué descubriendo en los escritores sagrados aquella energía y magestad, y aquella elevación de pensamientos que no pudiera hallar en las obras principales y más aplaudidas de la antigüedad. Y así pasó lo restante de su vida, mirándola como el único objeto de sus estudios: y habiendo aprendido la lengua hebrea, ignorada enteramente en la Iglesia, se aplicó con un trabajo increíble á corregir el texto original del hebreo y el de los setenta, purificando uno y otro con el cotejo de los manuscritos más antiguos y de las faltas introducidas por el descuido ó impericia de los copiantes. A este fin había juntado una librería copiosa á fuerza de cuidados y gastos, y el fruto de sus desvelos fué la versión latina nombrada la *vulgata*, que emprendió de orden del papa san Dámaso, admitida después, y declarada por auténtica en toda la Iglesia latina, fatigas que aun siendo más útiles á la religión le acarrearón mil contradicciones, de que no le pudo liberrar la cabeza de la Iglesia con toda su autoridad, y nacian de la envidia, de la ignorancia y de la malicia, vicios que en todos tiempos se le suscitaban. Por lo qual resentido, al parecer, demasiado, perdió en rechazarlas el tiempo que mejor hubiera empleado en la gloria de la Iglesia y de la suya. También debemos á su infatigable aplicación además de la versión de la escritura, comentarios sobre los

profetas, el Eclesiástico, el evangelio de san Mateo, cuyo original hebreo asegura haber visto en la famosa biblioteca del mártir san Panfilo, sobre algunas epístolas de san Pablo, y muchos tratados dogmáticos, contra los errores de su tiempo, y una colección de cartas, que así por su elección, como por la variedad de materias, se ha reputado siempre como la cosa más importante y mejor escrita que han dexado los padres latinos.

Por la vehemencia de su zelo dexó correr algunas veces la pluma hácia las expresiones duras, que apenas podrían disculparse, particularmente en las obras polémicas. Y así se ve que las saetas que disparó contra el herege Joviano, contra el presbítero Vigilancio, y contra Rufino, que había sido largo tiempo su amigo, han causado siempre algún descontento á los mayores admiradores de su ingenio y profunda sabiduría. Ahí está san Agustín, que viéndose en la ocasión de empeñar una disputa con él sobre la materia delicada de la mentira anfibológica, dexó la disputa admirado de su estilo. Bien podrán atribuirse en parte estas salidas impetuosas que hacía contra sus adversarios en el calor de la disputa, á su carácter ardiente, á su espíritu vivo, y á su fogoso temperamento; porque la virtud que endulza y santifica la naturaleza, no siempre destruye las imperfecciones aun en los mayores santos: y se ve muchas veces que el zelo más puro en sus motivos recibe la impresión del carácter, y sigue su dirección. Sea lo que fuere, en los escritos de san Gerónimo y en su conducta se hallan muchas señales de la humildad más pura, que dan á conocer, que si se acaloraba mucho en la controversia, era por el amor de la verdad, y no por el vano deseo de hacer valer su opinión. Aunque tuvo contra sí á los hereges, á los monges sin disciplina ni arreglo, porque combatía sin respeto sus errores ó sus vicios; bien defendido quedó en la estima y admiración de los mayores hombres de su siglo, y entre otros de san Agustín, los cuales honraron su virtud, y aplaudieron los inmensos trabajos que emprendió por la utilidad de la Iglesia. En efecto este santo doctor á una aplicación constantísima y á un trabajo incesante juntaba una vida tan penitente, tan pobre y mortificada, que con dificultad se hallarán entre los solitarios más nombrados por su austeridad quien haya adelantado más que él las

virtudes con que se ilustraron los habitadores santos de los desiertos. Murió en su monasterio de Belen en el año de 420, de edad de ochenta años, si es verdad que nació en el de 340, y si no cerca de noventa, si nació en 331. Vivió la mayor parte de su vida en ejercicios monásticos, y le ordenó de sacerdote Paulino, obispo de Antioquia, en el año de 376 ó 77, con la condicion de que no estuviere unido á Iglesia alguna particular, y no, como algunos han querido, con la de que no habia de hacer jamas las funciones del sacerdocio, lo que no es verisímil; ántes es muy probable que las hizo muchas veces en el monasterio de Belen, en donde fué superior toda su vida.

Todos los elogios que hasta aquí hemos hecho de los grandes hombres, de quien se ha ofrecido hablar, vienen á recaer necesariamente en san Agustin, porque en él solo se hallan en el grado mas eminente todas las qualidades mas sobresalientes y mas sólidas con que hemos ido caracterizando las virtudes, el talento, conocimientos y escritos de todos los demas. Nació pues en Tagaste, ciudad de la Numidia, en 13 de Noviembre del año 354. Su padre llamado Patricio era de una familia honrada, y digno de qualquier empleo de república; pero escaso de los bienes de fortuna. Su madre Mónica, que le dió á luz dos veces, la una para el mundo, y la otra para la religion, fué el espejo de todas las virtudes en el estado de muger casada y en el de viuda en que murió. Agustin habia nacido con un espíritu vivo y penetrante, con una memoria asombrosa, un talento profundo y capaz de todas las ciencias, que abrazó con aprovechamiento. El deseo de saber fué su pasion dominante, y asimismo el principio de los errores que le extraviaron mucho tiempo la razon. Despues de haber salido de los primeros estudios, en los quales se distinguió por sus visibles adelantamientos, se entregó todo entero á las observaciones mas espinosas y á las ciencias mas abstractas. Y como la carrera de los conocimientos humanos no se le ofrecia larga ni difícil, la hizo toda por sí mismo sin direccion de maestro: y despues sacó de Aristóteles el arte de la dialéctica, el método de exâminar y la analisis, cosas que dan tanta claridad á las materias filosóficas; en Platon una metafisica clara y sublime; y de Ciceron el orden, la eleccion de las ideas con la pureza y la precision

del language. Las circunstancias mas notables que se advierten en las obras de san Agustin, y principalmente en los tratados teológicos son la fuerza, la conseqüencia en los discursos, la profundidad, la solidez en los principios, la claridad y la exâctitud en las expresiones.

Por su gran talento adquirió luego una grande reputacion, por la qual le eligieron para enseñar la retórica en Milan, ciudad rica y bien poblada, en donde los emperadores de Occidente residian muchas veces, y se cultivaban las letras. Agustin vivia engañado por dos partes: por la del entendimiento, cuyo ardor, por saberlo y explicarlo todo, le habia metido en los errores absurdos de los maniqueos; y por la de la voluntad, cuya inclinacion le habia llevado siempre hácia los deleites, y le arrastraba á esta pasion baxa que degrada á los hombres, sujetándole enteramente á los sentidos. Pero Dios por sus pasos insensibles de ilustracion le fué conduciendo á la verdad, que en valde habia andado buscando en los sistemas de la filosofia: y por un golpe repentino de su gracia, le rompió las cadenas vergonzosas que le arrastraban á los placeres pecaminosos. Habiendo salido de los dos abismos en que el orgullo de la ciencia humana y el gusto de los placeres sensuales le habian sumergido, bien pronto se convirtió en otro hombre, humilde, casto, rendido á la fe, aplicado á la lectura de los libros santos, y al estudio de la religion; con lo qual consoló y enxugó las lágrimas que Mónica habia derramado por sus extravios, y verificó las felices esperanzas que Ambrosio habia tenido de él, quando parecia que estaba mas apartado de la verdad y de la virtud. Purificado con la agua sagrada del bautismo, desengañado del mundo, de sus errores y de sus placeres, metido en su retiro, consagrado á Dios por el sacerdocio, y dedicado al servicio de la Iglesia por su elevacion á la dignidad de obispo, no se le volvió á ver ocupado sino en lo importante á la religion.

Los otros santos doctores que Dios habia suscitado hasta entónces en la Iglesia, para defender los dogmas diferentes de la fe contra los hereges que se oponian á ellos, habian sucesivamente establecido las verdades combatidas sobre las pruebas que suministraba la escritura, la tradicion y la enseñanza actual de la Iglesia; pero san Agustin fué destinado particularmente para abrazarlas todas,

porque no se podia omitir ninguna en los errores que hubo de contrarestar. Pues defendió contra los paganos la unidad de Dios, su santidad, su providencia y la pureza de su culto; contra los maniqueos la bondad de sus obras, la sabiduría de sus decretos en el orden moral, la autoridad de la escritura, la realidad de la Encarnacion, y todas las verdades que de ella proceden; contra los arrianos la divinidad de Jesu-christo, su igualdad y consubstancialidad con su padre, y las consecuencias de estos dogmas fundamentales; contra los donatistas la unidad, la visibilidad, la indefecibilidad de la Iglesia y demas circunstancias que la caracterizan; en fin contra los pelagianos y sus discípulos la necesidad, lo gratuito, y la fuerza de la gracia. Y no contento con las victorias que habia ganado separadamente á diferentes enemigos de la fe, á quien arruinó por todas partes; pensó en derrotarlos enteramente de una vez uniendo en un solo cuerpo de obra las pruebas demostrativas en que está el christianismo fundado. Esta es su gran tratado de la ciudad de Dios, en donde el conocimiento de la escritura, la fuerza del discurso, las discusiones de la crítica y la erudicion profana, se socorren mutuamente unas á otras, y en ella acopian todavía los apologistas modernos aquellos materiales que aciertan á poner con tanta felicidad para refutar la vana filosofía, y la incredulidad de nuestro tiempo. Aunque en esta obra de san Agustín, no ménos que en los otros frutos de su pluma, hay adornos que hacen impresion, y pasages verdaderamente nobles y sublimes; todavía la elevacion, el fuego y las imágenes no son el carácter de sus escritos mas recomendables por el fondo de las cosas y por el enlace de los principios, que por la gracia de su decir. Su estilo en general mas es didáctico que eloqüente, mas sólido que castigado, que es lo que se le nota principalmente en los tratados teológicos, materia que mas bien pide un escritor claro, metódico, consiguiente y puntual, que elegante y eloqüente. Murió el santo doctor consumido de trabajos, y lleno de gloria y de méritos en 28 de Agosto, año 430, de edad de sesenta y seis años, habiendo pasado los quarenta en servir á la Iglesia en el estado de sacerdote y dignidad de obispo. El nombre de san Agustín no ha ceado de causar admiración á los fieles desde el siglo quinto hasta nuestros dias, ni de excitar la idea de las

mas claras luces unidas á los trabajos continuos en defensa de las verdades católicas, y la prosperidad de la Iglesia. Su doctrina consagrada por los concilios y soberanos pontífices, siempre ha servido de guia á los sabios mas ilustrados; y la veneracion que ha inspirado en todos los tiempos fué tan universal, que los mismos hereges, aun los que adelantaron sus especulaciones hasta las questões tan oscuras de la predestinacion y de la gracia, hicieron los mayores y mas vanos esfuerzos por autorizarse con ella. Pero la Iglesia honrando la exáctitud con que el santo supo explicar el dogma, y tomando sus mismas palabras para formar con ellas el modo de explicarse ella misma; le defendió y castigó las temerarias intenciones del error.

San Paulino obispo de Nola nació en Burdeos á la fin del año 353, ó al principio del 354, y fué hijo de Poncio Paulino, prefecto del pretorio en las Galias. Por este ilustre nacimiento y las muchas riquezas estaba en disposicion de aspirar á los empleos mas altos del mundo; pero desengañado con las sabias reflexiones que supo hacer á tiempo de lo que son las preeminencias del mundo y los bienes de fortuna, no hizo mas aprecio de ellos que el que merecen; y acabó de resolver con la religion lo que con la filosofía y sus buenas inclinaciones habia comenzado. Tuvo la felicidad de tener enlace con muchos personajes santos, como san Ambrosio, san Martin de Tours y san Delfin de Burdeos, de quien tomó el conocimiento de Jesu-christo, y de la sublimidad de la moral evangélica. Animado del deseo de emprender el camino de la perfeccion en que se habia instruido, formó el proyecto de renunciar á las esperanzas del siglo; á cuyo generoso designio le exhortaba su esposa Terasia, rica, hermosa, jóven, y sobre todo muy virtuosa. Por lo que vendieron sus muchos bienes, dieron el dinero á los pobres, y se retiraron á Nola cerca del sepulcro de san Felix, en donde subsistian con una corta hacienda que se habian reservado. Su vida era tan pobre y mortificada, que aun les sobraba para aliviar á los necesitados. El obispo de Barcelona, con repugnancia de Paulino, le habia ordenado de Sacerdote en el año de 393, pero con condicion de sujetarse á esta iglesia; porque no le habia detenido cosa alguna en el proyecto de retirarse, y al plan que se habia formado de vivir desconocido y penitente. Pe-

ro Dios, que le quería para que fuese útil con sus virtudes á la Iglesia, no permitió que se ocupase en otra cosa, sino que en santificarle á él mismo: pues habiendo muerto el obispo de Nola, fué electo para ocupar esta silla en el año 409 ó 410, durante cuya prelación tuvo mucho en que exercitar la caridad, que era su virtud característica por causa de las destrucciones, que los godos y demas bárbaros hacian entónces en la Italia. No se conoce santo alguno que haya llegado á tan alto grado de caridad, ni se haya señalado en ella con acciones mas liberales; y esta es el asunto principal que han tomado los mayores hombres de su tiempo para colmarle de elogios; bien que por su humildad no llegaba él á conocer el precio de los sacrificios que hacia por la caridad, y extrañaba que se alabasen las acciones, que le parecía que no eran dignas de aprecio. Y así solia decir: *puede haber motivo alguno para loar á un hombre que da los bienes de la tierra, por adquirir los del cielo?* Murió año 431 igual en las virtudes pastorales á los mas ilustres obispos, y en las austeridades á los mas santos anacoretas. San Paulino habia nacido con mucho talento, y en su puericia habia cultivado la disposición que tenia para las letras con grande aplicación. Fué su preceptor Ausonio, el que lo fué despues del emperador Graciano, y con él manifestó el talento que tenia para distinguirse en la eloqüencia y la poesía, como se vió desde luego en el esplendor del foro, y en un panegírico del emperador Teodosio muy alabado de los antiguos, que habia perorado, y ya no tenemos. Quando se dedicó enteramente á Dios, dexó las letras profanas por entregarse todo á los libros santos, y á la religion: compuso muchas obras que se han perdido. Las que tenemos son cartas escritas á diferentes personas sobre materias de piedad, y en ellas resplandece su amor y reconocimiento para con Dios, particularmente en la que escribió á Sulpicio Severo, que es la historia de la invencion de la verdadera cruz del Salvador, que está llena de afectos de ternura y de sentencias admirables. Los demas escritos suyos son un discurso acerca de la limosna trabajado, con un estilo lleno de dulzura y de unción; y poemas en que se leen buenos pensamientos, nobles comparaciones, y una verificación agradable para el tiempo en que vivia.

Sulpicio Severo contemporáneo de san Paulino de No-

la y su íntimo amigo, era de la provincia de Aquitania. No se sabe el año cierto de su nacimiento. Su familia era ilustre, y poseía muchos bienes. Casóse siendo muy jóven, muy rico y muy estimado, pero á poco tiempo enviudó, dexó el mundo, conservó sus bienes, y entregándose á Dios, distribuía las rentas en limosnas. Y habiendo pasado á ver á san Martin de Tours, cuya reputacion entónces se extendia por todo el Occidente al oír sus discursos, y viendo el exemplo que este varon verdaderamente apostólico daba, formó la idea de aspirar á mayor perfeccion. Y para exercitarse en ella se retiró á una soledad con sus sirvientes y esclavos, á quien trataba como á hermanos, y allí vivia con ellos en la mortificación, oracion y meditación de las verdades eternas, en que traía ocupada continuamente su alma. Las obras que tenemos de él, son fruto de su retiro: y la mas digna de atencion es la historia sagrada, en la qual pinta con viveza, y de un modo muy conciso, todos los sucesos notables desde la creacion del mundo hasta el año 400 de Jesu-christo. Es un compendio de historia el mejor que se ha publicado hasta su tiempo y seguido despues: de un estilo sublime, elegante y perfectamente aplicado á la dignidad del asunto. Se habia propuesto por modelo á Salustio, y se acerca á él tanto en su modo de escribir, que por eso le han dado el sobrenombre de Salustio christiano. Pues la vida de san Martin, y los diálogos que escribió acerca de las virtudes y milagros del santo obispo, quanto honor hacen á su pluma! El tiempo de su muerte no es ménos incierto que el de su nacimiento, aunque comunmente se pone en el año 420.

San Cirilo patriarca de Alexandría debe ser contado entre los varones ilustres que hicieron gloriosa la Iglesia, y defendieron la fe en el siglo quinto. Habia nacido con un entendimiento sutil muy á propósito para el exámen de las materias abstractas. Se habia aplicado mucho á la lectura de los antiguos padres, cuya doctrina poseía perfectamente. Sus adelantamientos no principiaron á ser conocidos, sino despues de su elevacion á la silla patriarcal de Alexandría en 412. Sucedió á su tio Teófilo, perseguidor de san Juan Chrisóstomo, y se le vitupera haber imitado su altivez en el exercicio de la jurisdiccion anexa á su silla, y en haber dado á sus sucesores el exemplo